

Para una epistemología del Psicoanálisis de Niños

Raúl E. Levín

El *corpus* de la teoría psicoanalítica

En un trabajo anterior, "Hacia un psicoanálisis de lo indecible"¹, me referí, entre otros temas, a las inconsistencias derivadas de tomar como conjunto posiciones psicoanalíticas de diferentes autores, si eran consideradas unas en relación a las otras. También aludí a que esta podía ser, además, una observación válida si se aplicaba a la evolución de una concepción teórica a lo largo de la obra de un mismo autor.

El *corpus* psicoanalítico como totalidad está constituido por distintos puntos de vista, a veces incompatibles entre sí, dando lugar a brechas, cesuras, fricciones, fisuras entre enunciados, a veces compartidos (pero a la vez soportados) por la comunidad psicoanalítica. En ciertas ocasiones pueden ser conceptualizaciones de diferente nivel y, por lo tanto, no solo sino fundamentalmente, sin elementos de índole común que se puedan comparar. Para añadir más complejidad al tema, pueden, a pesar de sus divergencias, sustentarse en una jerga semejante.

Por resultarnos próximo a la experiencia de intercambio institucional cotidiano entre nosotros, podemos, en ese sentido, tomar como paradigma la incompatibilidad entre las posiciones teóricas de Freud y M. Klein. Ambas teorías parten de la recopilación de datos de diferente estatuto heurístico, y ese sería un argumento que podría dar cuenta de por qué ambos autores arriban a conclusiones teóricas de diferente nivel. Conclusiones valiosas, de jerarquía conceptual, pero inhábiles para ser comparadas entre sí.

Freud inicia la indagación de lo inconsciente a partir de efectos del lenguaje, provenientes de lo enunciado por los pacientes en la sesión psicoanalítica. El discurrir

¹Levín, R.E. "Hacia un psicoanálisis de lo indecible". *Revista Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XXVI, N.º 2, pp. 337-350. Buenos Aires, 2004.

narrativo del paciente construye y orienta permanentemente la teoría. De la asociación libre, de la que surgen las formaciones del inconsciente, el analista extraerá y pondrá a la vista lo reprimido.

En la concepción freudiana, los pacientes hablan, discurren sobre sus vidas, asocian, imaginan. Sustentan su relato en expresiones que validamos como las más jerarquizadas para nuestra escucha: sueños, conflictos, padecimientos. El síntoma está contenido en el lenguaje, y de ahí se desentrañan las formaciones del inconsciente. Hacia esa operación se dirige el psicoanálisis; es su marca distintiva.

¿Qué ocurre ante el niño, que no se enuncia a sí mismo con la palabra? Recordemos la célebre cita de Freud²: “en el caso del análisis infantil... será preciso prestar al niño demasiadas palabras y pensamientos, y aun así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables para la conciencia”. Su propia experiencia de psicoanálisis infantil, la del pequeño Hans, fue realizada a través de relatos del padre del niño.

Melanie Klein sustenta un psicoanálisis del niño incapaz de decir. Pero para hacerlo, privilegia la capacidad de expresión del juego (cito mi trabajo mencionado en la página anterior, pp. 342-343), y “...ya no sólo a la clínica, sino también a la teorización, se deberá aportar demasiadas palabras y pensamientos”. Habrá que apelar más que nunca, para transmitir con palabras lo no decible, a símiles, metáforas, alegorías. Se deberá avanzar eludiendo o modificando conceptos freudianos. *(Melanie Klein) no va a constituir una clínica proveniente del lenguaje como en el caso de Freud, sino un lenguaje derivado de una clínica* (la cursiva es mía). En suma, permitirá acceder a un panorama psicoanalítico de la infancia, pero discrepando, necesariamente, en muchos puntos, con la teoría freudiana ya que su teoría psicoanalítica sobre la vida del niño no se constituye a partir de la palabra del paciente. “Las inconsistencias entre teorías ofrecen brechas que iluminan nuevos interrogantes, que una vez resueltos dejarán a su vez abiertos otros, en un encadenamiento que nunca se clausura. Melanie Klein se introduce en una de esas brechas que en lo teórico y en lo clínico deja abierta la concepción freudiana. Si Freud inaugura y sostiene los principios del psicoanálisis de la develación de lo inconsciente a partir del síntoma en el discurso, no dará cuenta de otro campo de lo humano, como es lo indecible. Tal es el caso de los procesos mentales de la niñez. Cualquiera podría alegar que la palabra contiene en sí misma su propio alcance, y que más allá de sus confines no hay nada que decir. Entonces, Melanie Klein tendrá que

² Freud, S. “De la historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos) (1914/1918)”. *Obras Completas*. Tomo XVII, p. 10. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

hacer una segunda operación de la palabra, para hacerla decir algo decible donde no hay palabra. Es cierto: *heurísticamente es un procedimiento distinto* (la cursiva es mía). Pero ¿esto la invalida?, ¿o representa una ampliación del campo del psicoanálisis?”.

El 26 de mayo de 1935, Freud le envía una carta a Jones en la que dice³: “...En verdad su Sociedad ha seguido a la Sra. Klein por un camino equivocado, pero la esfera en que ella ha hecho sus observaciones me es ajena, de manera que yo no tengo derecho a tener ninguna convicción bien establecida”.

El *corpus* de la teoría psicoanalítica es un conjunto de caminos equivocados si se toman unos en relación a otros. Sin embargo, han configurado una versión del ser humano que ha dejado una marca en la subjetividad y en todos los ámbitos de la cultura que se sostiene desde sus inicios a principios del siglo XIX. Sus inconsistencias intrínsecas son el más fiel reflejo del sujeto, del que le ha tocado ocuparse.

Pero no se trata en esta ocasión de discutir si lo que llamamos teoría psicoanalítica constituye una teoría única (*corpus* psicoanalítico) o un conjunto de posiciones, no conciliables entre sí, a las que denominamos “teorías”, en plural.

Tampoco es el momento de dilucidar si al saber psicoanalítico le cabe, en rigor, la denominación de teoría.

En esta oportunidad nos ocupamos más específicamente de cómo juegan entre sí diferentes posiciones teóricas, según diferentes autores, escuelas o elaboraciones privadas o públicas de los analistas de acuerdo a sus trayectorias profesionales y personales.

Sabemos que en nuestra clínica suelen coincidir corrientes, líneas teóricas, que difieren en lo conceptual.

Presenté paradigmáticamente la confrontación de la posición kleiniana si la tomamos en referencia a la de Freud. Klein accede a una clínica a partir de un deslizamiento que le permite la observación y elaboración de “otra esfera” de la que Freud no se ocupó. Apela a procedimientos heurísticos diferentes para acceder al estudio de ese objeto que ocupa una posición distinta del observado hasta entonces. De esto resulta que sus derivaciones no pueden ser similares a las freudianas, con lo que se crean dos campos teóricos que no podrán coincidir entre sí.

No me voy a extender sobre esto; sabemos que conceptos de M. Klein como los de la formación del Yo, pulsión, inconsciente, Edipo, transferencia, regresión y otros no tienen equivalencia estricta con los de Freud.

³ Jones, E. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo III, p. 216. Buenos Aires. Editorial Nova, 1962.

Entre la comparación de diferentes teorías psicoanalíticas siempre hay puntos “que no cierran”, aun cuando compartan una jerga común o similar.

Sin embargo, en la clínica amplían nuestro campo de mira que se centra en la escucha y la observación.

Como dije antes, también en el desarrollo de ideas de un mismo autor puede llegarse a formulaciones no totalmente compatibles con otras anteriores. No hay congruencia (aunque sí correspondencia), por ejemplo, entre las teorías pulsionales o entre las tópicas freudianas, que fueron desarrolladas de acuerdo a los nuevos avances derivados del devenir del trabajo clínico.

Tampoco es fácil a veces sustentar cuál es la supuesta continuidad teórica de autores que aparentemente suscriben la teoría de otro que los precedió. ¿Por qué se considera a Winnicott post-kleiniano si su versión sobre el objeto y la pulsión es divergente de la de M. Klein? ¿Y en el caso de Fairbairn, que directamente reniega de la teoría pulsional, central en la postulación kleiniana?

Quiere decir que aun si un analista conjeturalmente se respaldara en la teoría tal como la desarrolla un solo autor, tendría que soportar inconsistencias. Pero a menos que el analista esté ante una situación clínica que lo exceda, no suele experimentar como malestar las inconsistencias de la teoría que fundamenta su práctica.

Debe ser posible alguna argumentación que nos permita acceder a otra lógica que otorgue unidad al *corpus* teórico psicoanalítico, ya que a pesar de estar constituido por una suma de conceptualizaciones no congruentes entre sí, no hacen demasiado “ruido” en la mente del analista. Al respecto me extendí algo más sobre los puntos de fricción conceptual entre Freud y Melanie Klein, porque son dos autores que están muy presentes en nuestra formación.

Me parece, entonces, que puede ser de interés averiguar si no puede haber otro punto de vista capaz de sustentar la unidad de las diferentes corrientes que en conjunto conforman el psicoanálisis. Una posibilidad deriva de validar en una connotación lógica no solo los datos positivos sino también las brechas instauradas por las diferencias.

En mi trabajo anteriormente citado afirmo que estos cortes entre conceptualizaciones no compatibles son una fuente constante de interrogantes que contribuyen a un permanente estado de apertura hacia nuevas respuestas, lo cual revitaliza el permanente deseo de cuestionamiento e indagación.

Pero creo que hace falta un paso más: darles a las inconsistencias entre teorías el mismo estatus conceptual que tienen las afirmaciones o datos “positivos” que estas aportan.

El *corpus* de la teoría psicoanalítica está compuesto por múltiples teorías que no coinciden totalmente entre sí. En su conjunto, es como un enorme rompecabezas al que siempre le faltarán piezas. Además, las existentes no van a encajar perfectamente. De las brechas que quedan entre las piezas que no se acomodan entre sí surgen interrogantes derivando en perpetuos movimientos en la interioridad del psicoanálisis. Pero esas brechas entre conceptos dan lugar a enunciados epistemológicos de diferente nivel, contribuyendo a dar forma a la idea de una concepción teórica que nunca será conclusiva, y que para ser válida debe estar en permanente movimiento y generar nuevos interrogantes. Sería mortífero que así no ocurriera. Sería la muerte del psicoanálisis.

Queda por decir algo. ¿Replica el conjunto del *corpus* teórico del psicoanálisis a su objeto, el sujeto de lo inconsciente? ¿Hay una permanente dialéctica entre el psicoanálisis y aquel al que refiere y que es a la vez quien lo enuncia? ¿No hay un movimiento permanente de circulación entre la teoría y el sujeto del inconsciente?

Sin embargo, hay un ideal de una teoría psicoanalítica prolija, precisa, sin equívocos ni paradojas.

Un conjunto de teorías que coincidieran en todo, cuyos significantes tuvieran la misma acepción (o función), inmovilizadas por la certidumbre, clausuradas por la falta de misterio e interrogantes, que no dejara brechas sin completar, constituirían un *corpus* muerto, un dogma. Estaríamos aludiendo a un estado nirvánico, exento de tensiones, inhábil para sostenerse en el lenguaje y la metáfora.

A un sujeto humano (si es que en esta condición así puede ser denominado) y la teoría que lo refiere, colapsados. Inmersos en el efecto destructivo de la pulsión de muerte.

Temas epistemológicos relacionados al psicoanálisis de niños

Como problemática teórica y clínica, el psicoanálisis de niños suma más dificultades a una eventual clarificación del *corpus teórico* psicoanalítico.

En el caso de nuestros *infans* no podemos suponer una estructura metapsicológica válida que dé cuenta de un ordenamiento de lo inconsciente, la represión y la palabra. Esta carencia supone también que la pulsión tenga derivas sin obstáculos y no produzca síntomas sino efectos en el cuerpo o lo que llamamos genéricamente "perturbaciones". Recordemos que para la producción de síntomas en un sentido estrictamente

psicoanalítico es necesario un trayecto de la pulsión sorteando obstáculos, descriptos por la metapsicología, que la encaminan a su expresión final en los paradigmáticos síntomas neuróticos.

La palabra del niño es una palabra en constitución, centro de lo por-venir, pero aún incipiente en su función de presidir, a la vez que representar, la validez y el alcance de una constitución subjetiva. Para el trabajo de psicoanalizar, se ofrecen al analista, como complementarias y anticipatorias al lenguaje hablado, otras producciones: juego, dibujo, acción, interacciones eventuales con familiares. Algunos de estos recursos suelen incluirse en el abordaje clínico de pacientes adultos.

El analista de niños contribuye con su palabra a la constitución de la palabra del niño desistiendo del ya mítico apotegma de Freud que relativiza la posibilidad de dicho análisis. Lo reiteramos, ya que fue objeto de una cita previa: "Para analizar a un niño hay que aportarle demasiadas palabras y pensamientos, y aun así los estratos más profundos pueden ser impenetrables para la conciencia".

Retomemos esta frase. Quizás los "estratos más profundos" no son impenetrables, sino que son inexistentes hasta que la represión estratifique lo inconsciente en preconscious, inconsciente reprimido e inconsciente incapaz de conciencia. El aporte de palabra no es solamente tal sino también un aporte de teoría construida por el propio psicoanalista a través de construcciones, observaciones, suposiciones y experiencias personales, muchas de ellas originadas en su propio análisis. No preside el análisis del niño su palabra (aún incipiente) sino el aporte de la palabra del analista, en torno a la que se constituirá el ordenamiento metapsicológico de su paciente. Cuando decimos "palabra", no debemos omitir que nos referimos en forma genérica al lenguaje, y especialmente a la estructura gramatical de este. El analista ofrece a su paciente un lenguaje ordenado en su estructura por su propia neurosis. Pero cuando hablamos de la palabra del analista no podemos obviar que en ella participa su propio inconsciente, aportando contenidos de sí mismo que pueden excederlo. Puede ocurrir también que un exceso de dicho aporte contribuya a que opere en una constitución protésica de la estructura metapsicológica del niño. Estas eventualidades a veces no pueden evitarse y son fuente de malestar contratransferencial.

Esta acepción del psicoanálisis de niños nos ubica de lleno en el campo teórico-clínico iniciado por Melanie Klein, que mencionamos en el apartado anterior, en muchos puntos distinto y hasta contrapuesto al freudiano. Desde esta posición, se acepta que el analista presta su lenguaje, no solo palabra, sino, y quizás fundamentalmente, estructura gramatical propia de la neurosis, para contribuir a la constitución subjetiva del niño.

Ya mencioné antes que el psicoanálisis se ha expresado como un conjunto de ideas, conceptos y presunciones, que quizás a primera vista exceden un ordenamiento como para que le valga la atribución de constituir una teoría.

Sin embargo, hay un acuerdo básico acerca de fundamentos comunes que definen al psicoanálisis, que presta organicidad al conjunto de posiciones a pesar de sus divergencias.

El mencionado *corpus psicoanalítico* a pesar de su complejidad tiene por ejemplo un denominador común que refiere al inconsciente (o al trabajo de lo inconsciente) que no puede estar ausente cuando se alude a la condición psicoanalítica, sea de ideas, de una experiencia clínica o de la aplicación del psicoanálisis a otros campos por fuera de la clínica.

Y como derivación de los fundamentos del estudio de lo inconsciente no puede faltar la jerarquización de la palabra tanto como efecto de lo inconsciente y también como medio de su develación, constitución e intercambio entre analista y paciente.

Entonces, ¿el psicoanálisis de niños es estrictamente psicoanálisis? Porque ¿hay palabra cuando el niño mediante ella no se enuncia a sí mismo?

¿Es psicoanálisis cuando hay tal riesgo de crear una suerte de inconsciente protésico a partir de construcciones que se originan en el analista y pueden ser constitutivas en una supuesta condición de sujeto del paciente?

Melanie Klein no necesitó hacerse esta pregunta porque avanzó con su propia palabra asignándole al juego infantil el carácter de un lenguaje. Y creo que fue acertado considerarlo como tal. Pero no puede considerarse un lenguaje verbal, aun cuando sea quizás un precedente de su formulación.

Por eso va de nuevo la pregunta acerca de si el psicoanálisis de niños es psicoanálisis.

En el intrínquilis de corrientes y concepciones psicoanalíticas al que aludí al comienzo, puedo decir que hay unanimidad acerca de que el psicoanálisis se define por el estudio y la develación de lo inconsciente, y que es la palabra el recurso a través del cual llegamos a él y operamos en la clínica.

No es lo que ocurre en el psicoanálisis de niños, en el que no podemos considerar aún una estratificación metapsicológica que establezca un inconsciente ni obviamente palabra, que no podría dar cuenta de lo que aún no se estableció. Freud lo dice claramente: "no es mi campo".

Pero considero que la posición kleiniana no se aparta sino que amplía las incumbencias del psicoanálisis. Y no desde una ubicación periférica sino desde una situación en el conjunto del *corpus* que irradia un enriquecimiento para todo el campo del psicoanálisis.

Nos preguntamos hasta qué punto no contribuye a ocupar algunas de esas brechas entre corrientes teóricas a las que aludí en el apartado anterior. Se trata de que el analista de niños no trabaja en la develación de lo inconsciente sino en su constitución.

Las palabras mediante las que se realiza este trabajo son necesariamente del analista y es razonable la dificultad que este tiene en su elección. Es un tema de extrema sensibilidad en términos clínicos.

Pero entonces se plantea una nueva interrogación: ¿cómo trabaja el psicoanalista de niños? La respuesta es esperable, aunque parezca paradójica en relación a mucho de lo que enunciamos antes: con palabras.

Aporta palabras para contribuir a la constitución del lenguaje y a la estructuración del inconsciente, y me refiero a una estructuración del sujeto que no prescinde de lo que nos transmiten ambas tópicos freudianas.

Para no ser sacrílego con Freud, recordemos que en su remanida cita dice: “*demasiadas* palabras y pensamientos”. No excluye la palabra sino que más bien deja flotando la idea de que el psicoanalista de niños opera con palabras.

Y supongo que no alude tanto a cantidad sino a que no puede excederse respecto al efecto que puede esperarse en relación al registro que de ellas puede tener el paciente.

Se trata de la cautela necesaria para no confundir la palabra que acompaña, rodea y aporta soporte a la desvalidez de la carencia de lenguaje constituido, de la que en otro plano será la palabra de interpretación de inconsistencias sintomáticas del lenguaje para darles sentido en el devenir de los procesos inconscientes.

Rodear al niño de palabras contribuye a que pueda relacionar experiencias con palabras correspondientes, hasta constituir un lenguaje que encarna en cada palabra dicha experiencia. De ahí surgirá la palabra significante, que ya no proviene solo de la mimesis y la escucha sino que se constituye en símbolo y representación de sí mismo, desatando un efecto que organizará su vida ahora en tanto sujeto.

En torno a la palabra significante se ordenarán las estructuras metapsicológicas que lo protagonizarán como sujeto enunciante. El analista no será más el proveedor de palabras sino quien atenderá a ellas y a su través lo inconsciente en juego ahora constituido. Como en el análisis convencional, la palabra del paciente prevalecerá sobre la del analista en tanto este se centrará en la escucha, para intervenir interpretativamente solo cuando es pertinente.

Comentarios

Para un tema tan amplio y complejo, y en cierto sentido ambicioso, tuve que ser excesivamente sintético. Considero esta presentación como una introducción a ideas que merecen una discusión colectiva y más amplia. El alcance del tema me ha llevado a mí mismo a resignar derivaciones que se fueron presentando, pero que de tomarlas, hubieran alargado excesivamente el texto y quizás incrementado aún más las dificultades para ser claro en la presentación.

Pienso que a pesar de ciertas inconsistencias y limitaciones, pude introducir un tema central en psicoanálisis, que refiere al lugar que ocupa el psicoanálisis de niños en el *corpus teórico* del psicoanálisis. También me referí a la ampliación de sus alcances, con la idea de que dentro de sus incumbencias cabe no solo la develación de lo inconsciente sino también su incidencia en su constitución.

Solo resta dejar como interrogante si esta función constitutiva es patrimonio del psicoanálisis de niños o refiere en ciertos aspectos a una función propia de todo tratamiento psicoanalítico.

Resumen

El autor propone en la primera parte de su trabajo aproximar al lector a una visión panorámica de conjunto de las teorías psicoanalíticas, otorgando un valor conceptual a las diferencias entre ellas. En ese contexto, a continuación, intenta ubicar el status epistemológico que valida al psicoanálisis de niños en el campo del corpus psicoanalítico tomado como totalidad.

Palabras Clave

Epistemología; teoría psicoanalítica; psicoanálisis de niños; pulsión de muerte; sujeto del inconsciente.

Towards an epistemology of Child Psychoanalysis

Summary

In the first part of his article, the author proposes the approach to a panoramic view of psychonanalytical theories as a group, highlighting the conceptual value of differences among

them. Following, Levin tries to place the epistemological status that validates Child Psychoanalysis within psychoanalytical corpus read as an entirety.

Keywords

Epistemology, Psychoanalytical Theory, Child Psychoanalysis, Death wish, Person of Unconscious

En vue d'une épistémologie de la Psychanalyse des Enfants

Rèsumè

Dans la première partie du travail, l'auteur propose l'approximation à une lecture panoramique d'ensemble des théories psychanalytiques en apportant du valeur conceptuel aux différences entre elles. Dans ce context, Levin essaie de placer, ensuite, le statut épistémologique que valide le psychanalyse des enfants dans le domaine du corpus psychanalytique, considéré comme une totalité.

Mots clés

Épistémologie, Théorie Psychanalytique, Psychanalyse des Enfants, Pulsion de mort, sujet de l'inconscient.

Referencias

- Freud, S. "De la historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos) (1914/1918)". *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Jones, E. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo III. Buenos Aires. Editorial Nova, 1962.
- Levín, R.E. "Hacia un psicoanálisis de lo indecible". *Revista Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XVI, N.º 2. 2004.